





I.

**C**UANDO D. Hipólito entró en su escritorio, cerró cuidadosamente la puerta por la parte de adentro, dando vuelta á la llave y asegurando las barras diagonales de hierro que la cruzaban en forma de X; clausuró plenamente la ventana para evitar las miradas curiosas del exterior, y encendió la bujía para distinguir los objetos en la obscuridad del aposento donde reinaba la noche, á pesar de que lucía el sol esplendoroso por la parte de afuera. Una vez tomadas estas medidas, fuese á la enorme caja de hierro que se levantaba en uno de los ángulos de la habitación como bloque gigantesco, é introduciendo la llave en la misteriosa cerradura

y tocando con los dedos algunos resortes mecánicos de arcana correspondencia, abrió-la suavemente, sin ruido, como si no tuviese tanto peso, tantos goznes y pasadores. Honda expresión de alegría retratóse en su rostro á la vista de su contenido, mezcla confusa de grandes talegos y de papeles que apenas cabían en aquel espacioso recinto (á pesar de que bien hubiera podido servir de habitación á un hombre adulto), y quedóse contemplando breve espacio aquel caos de deslumbrantes y fantásticas riquezas.

Pero no se contentó con esta inspección óptica. Para más avivar el placer, quiso consagrarse á la laboriosa tarea de palpar, contar y recontar su tesoro. Dióse, por tanto, á sacar los talegos, que fué amontonando por el suelo, y los papeles de valores, que colocó sobre la enorme mesa forrada de hule destinada á contar el dinero que se entregaba ó se recibía en su despacho. Tenía necesidad de hacer grandes esfuerzos, de cargar pesos considerables y de inclinarse con frecuencia. Se fatigaba, sudaba; pero no parecía echarlo de ver, según la actividad que desplegaba en la ejecución de tan

ruda faena. Quien le hubiese visto en aquellos momentos, tan listo y trabajador, habría tenido duda para admitir que fuese aquel el mismo D. Hipólito tan canijo y amarillo que bajaba todos los días temblando la escalera de la casa, apoyado en el brazo de un sirviente, y que apenas tenía fuerzas para llegar á su escritorio y dejarse caer en el ancho sillón, de donde casi no se levantaba, y desde donde todo lo miraba é inquiría con ojos inquietos. La avanzada edad y los achaques teníanle postrado, y apenas podía dar algunos pasos sin ayuda de otra persona; sus manos temblorosas trazaban difícilmente la firma en el papel, como si las rindiese el peso de la pluma; y su nombre, después de escrito, era una colección de culebrillas y menudos zis-zas tan vacilantes y enredados, que apenas podían ser entendidos y apenas tenían forma de escritura.

A pesar de su debilidad, bajaba, no obstante, los domingos y días festivos (en que no había negocios ni concurrían los dependientes) á su despacho, y encerrábase solo en él durante largas horas, hasta que al fin se le veía aparecer en la puerta, al caer la

tarde, más encorvado, más viejo y más débil que nunca.

Volvamos á la escena que dejamos pendiente. Cuando D. Hipólito hubo acabado de sacar los talegos, fuelos vaciando uno á uno sobre la mesa, y contó el dinero con extraordinario cuidado, y sin hacer ruido, como si hubiese temido que álguien le espíase y estuviese aplicando el oído por el exterior, para enterarse de lo que hacía y sorprenderle en el momento menos pensado. Y así rodaron por la extensa mesa innumerables monedas de diversos tamaños y colores, de oro y plata, desde las más grandes hasta las más pequeñas, reflejando en su bruñida superficie la luz de la bujía con resplandores misteriosos, parecidos á claridad propia, y semejando en su dispersión y en su refulgencia cegadora, constelaciones volcadas de la urna del cielo sobre un espacio encantado. Así fué repasando el anciano todo su numerario, contándole, pesándole, acariciándole con la punta de los dedos y llevando cerca de los ojos las monedas más nuevas para recrearse con su contemplación y para hacerlas brillar repetidas veces moviéndolas ante la llama.

Terminada esta faena, dióse á examinar los papeles uno á uno: las escrituras de venta, de retroventa y de hipoteca; los simples reconocimientos, las letras de cambio y las libranzas; y finalmente, los voluminosos lios de billetes de banco de diferentes valores, de diversos matices, nuevos y viejos, y que representaban en su conjunto sumas fabulosas. Y terminado el laborioso recuento, permaneció largo rato como en éxtasis ante aquellos montones maravillosos de oro, plata y papeles valiosísimos, gozando con su contemplación como con una visión mágica, y sin darse cuenta del tiempo.

De pronto sintió un terror que le enfrió hasta la médula de los huesos. Acababa de oír ruido de pasos detrás de sí. Su primer movimiento fué el de defender su tesoro. Echóse rápidamente sobre la mesa, abarcando con el brazo siniestro un gran hacinado de monedas y papeles, y rápidamente sacó del seno con la diestra un pequeño revólver que dirigió hacia atrás, volviendo al mismo tiempo la cabeza. Y vió en efecto de pie á su espalda y junto á él, á un personaje moreno, de grandes y brillantes ojos, bigote

puntiagudo, nariz aguileña, semblante bur-lón y rigurosamente vestido de negro.

—Teneos, dijo el desconocido sin inmutarse; es inútil que disparéis, pues no podréis herirme, y lo único que conseguiréis será alborotar al barrio y llamar á la policía con el estrépito. No tendréis tiempo para guardar vuestro tesoro, descerrajarán la puerta y os sorprenderán rodeado de talegos y billetes de banco.

—¡Infame! ¡ladrón! articuló D. Hipólito, temblando como un azogado.

—En efecto, prosiguió con sorna el interlocutor; pero eso no quita que estéis en mi poder, y que hayáis de entrar en tratados. Escojed: ó me escucháis un momento con calma, ú os arrebató mal de vuestro grado toda vuestra riqueza.

Hubiera querido resistir el anciano, pero no pudo. Una mano de hierro oprimió su diestra, obligándole á soltar el revólver, y quedó trémulo y desarmado ante su adversario, que empuñó el arma con ademán desdenoso, como quien toma un juguete.

—Vamos, murmuró el hombre moreno soltando una carcajada; ya veis como no podéis contra mí. Sed razonable. Serenaos,

pues creo vamos á ser buenos amigos. Aun podemos parlamentar, y hay medio de que salvéis vuestras riquezas. Si os avenís á lo que voy á proponeros, no tocaré un solo maravedí vuestro, y podréis volver á colocar los sacos, las escrituras y los billetes de banco en vuestra ferrada caja de siete pasadores, campanas, resortes y mil otros secretos.

—Estoy en vuestro poder, y bien sabéis que podéis disponer de mí.

—Sentaos, pues, buen viejo, y oidme con paciencia.

Sentóse D. Hipólito quieras que no, dominado por la intensa mirada de su interlocutor; pero junto á la mesa, y con los brazos extendidos sobre ella, para abrazar el tesoro en caso de necesidad, en tanto que el desconocido tomó asiento frente á él, sonriendo con ironía, como ante la impotencia de un niño.

—Sé, continuó, de donde proceden vuestras riquezas. Proceden del robo, de la crueldad, de la más inicua y descorazonada avaricia. Habéis prestado á los pobres con escandalosas usuras, y convertido al trabajador en esclavo, obligándole á gastar sus

fuerzas para cubriros deudas que nunca acaba de pagar. Habéis arruinado á los huérfanos, arrojado de sus hogares á las viudas, obligado á las doncellas á traficar con su honra y á los hombres á buscar un refugio en el suicidio, cuando no en la vil estafa ó en el robo á mano armada. Cada una de esas monedas que contempláis con tanta delicia, está amasada con lágrimas: cada uno de esos papeles está empapado en sangre de vuestros semejantes. De cada átomo de vuestras riquezas se levanta un acento de acusación; vuestro tesoro es el cuerpo mismo de vuestros delitos.

—¿Quién sois vos para acusarme así?

—Soy el compañero inseparable de vuestras acciones. A todas me he hallado presente, de todas he sido testigo mudo é invisible. Yo ví cuando raspasteis el nombre de vuestro principal para poner el vuestro en el documento que cobrasteis y que fué el principio de vuestra riqueza; yo ví cuando hicisteis firmar á un pobre banquero un contrato de venta simulada de todos sus intereses, bajo pretexto de salvarle de la ruina, y en realidad para posesionaros de su fortuna; yo ví cuando cerrasteis los oídos

á toda compasión, aquella terrible noche en que un pobre joven os pedía alguna pequeña espera para salvar su crédito, y no quisisteis otorgársela, obligándole á levantarse la tapa de los sesos; ví cuando arrojasteis ignominiosamente de su humilde casa á una pobre mujer, por un préstamo miserable que la hicisteis, sin doleros de sus lágrimas, ni de la súplicas de sus hijos pequeñitos, que os abrazaban las rodillas implorando vuestra misericordia.....

—¿Qué derecho tenéis para calumniarme de ese modo?

—¡Caluniaros yo! Lo que os digo es la verdad, y si queréis que precise hechos y nombres, voy á hacerlo en seguida.

Y en efecto, el terrible acusador refirió pormenorizadamente al espantado anciano, crímenes horribles cometidos por él á causa de su amor monstruoso á las riquezas, pronunciando nombres, señalando fechas, designando lugares, entrando en minuciosos pormenores, con tanta seguridad y precisión, que D. Hipólito se sintió subyugado, y no tuvo ánimo para negar cosa alguna.

—¿Sois juez por ventura? acabó por murmurar desfallecido.

—No, continuó el hombre misterioso; ni siquiera vuestro censor. Tranquilizaos, buen viejo, no traigo la misión de castigaros, ni la de condenaros. Hace largo tiempo que os cuento en el número de mis servidores.

--¿Quién sois, pues? interrogó D. Hipólito asombrado.

--¿No me habéis reconocido? Soy el diablo.

Al oírle sintióse confortado el vejete. En lugar de desmayarse ó estremecerse, recobró la perdida energía, y respiró satisfecho. En efecto, no podía quererle mal, y hacía tiempo esperaba su visita. Aun le había invocado varias veces mentalmente, y le rendía culto interno de adoración.

—En hora buena, repuso D. Hipólito tras breve pausa; quedo entendido de que sois el diablo. Ahora solo me resta saber qué habéis venido á hacer á este lugar, y qué pretendéis hacer de mí.

--Por de contado, como bien lo comprendéis, no he venido á robaros vuestro dinero. A la verdad, no me hacen falta fondos.

--¡Ya lo creo!

—¿De suerte que no me tenéis desconfianza?

—Si he de ser franco, debo deciros que no me inspiráis una confianza absoluta.

—¡Cómo! ¿Me juzgáis capaz de bajar á la condición de un miserable ratero? Lo que tenéis no pasa de ser una bicoca.

—Os creo capaz de toda especie de diabluras.

—Es claro.... como que soy el diablo; veo que sois ingenioso.

—Me favorecéis demasiado: decid más bien que amo la lógica.

—¿Y qué me importa la lógica? Es una de las mayores babieçadas que han inventado los dómínes..... Pero en fin, no perdamos el tiempo. Me habéis preguntado qué ando haciendo por estos sitios, y qué pretendo de voz, y debo satisfacer vuestra curiosidad. He venido á vuestro despacho, porque sé que tenéis aquí vuestro tesoro, y que aquí está vuestro corazón, y reputo este aposento como santuario erigido á mi poder, como una sucursal de mi gran Banco subterráneo. Lo que pretendo de vos es muy sencillo. Sé que somos amigos y que apreciáis mis favores. Sé que tenéis un amor apasionado á los beneficios que os he otorgado, y que antes os dejaríais arrancar las

entrañas, que soltar una sola de esas piezas de precioso y reluciente metal, que os están deslumbrando con reflejos de sol y luna.

—Es la verdad, dijo D. Hipólito con convicción, me dejaría empalar, ahorcar, desuartizar, quemar á fuego lento, antes que desprenderme de uno solo de mis ochavos.

—Bien, bien, prosiguió con ojos preñados de tierno llanto el demonio; veo que no me he equivocado al juzgar vuestras excelentes disposiciones.

—Me habéis hecho justicia.

—Pláceme conocer que mi misión es har- to delicada, y que está á la altura de mi importancia personal. Voy á deciros algo que os va á sorprender, que os va á parecer incongruente con lo que acabáis de decirme, sobremanera ilógico. . . . bien que la lógica no valga una higa. Pero bien sé mi cuento, y me excusaréis; en los negocios de mi incumbencia, me haréis la cortesía de creer que no soy de los que se maman el dedo.

—¡Caracoles, vaya si lo creo, muy señor mío y de todo mi respeto!

—Es pues, el caso que vengo á pedir os una obligación formal, suscrita con vuestra firma, de que nunca, y por ningún motivo,

os habréis de desprender de vuestros tesoros.

—¡Ja! ¡ja! ¡me juzgáis tan cándido? Eso no necesita escribirse ni firmarse.

—Con eso y todo.

—¿Os mofáis de mí? Vamos, hablando seriamente, ¿creéis que tuviese la debilidad de desprenderme de un solo maravedí, aun cuando me arrancasen la piel, ó me friesen en aceite hirviendo?

—A decir verdad, os tengo por hombre de bastante entereza en este particular; pero soy desconfiado y me gusta tener en orden todas mis cosas. He ahí el papel que quiero que suscribáis. Dice así:

Conste por el presente documento, como yo, Hipólito X, pcr mi libre y espontánea voluntad, contraigo con el demonio la obligación de no prescindir jamás, ni por causa alguna de mis riquezas, suceda lo que suceda.

—¡Bravo! ese documento merece mi aplauso!

—Firmadle, pues.

—No es necesario.

—Firmadle, os digo.

—Soy demasiado viejo para prestarme á farsas.



—No obstante, habéis de firmar, ó si no, ¡voto á mi nombre!

Al decir esto, el cornudo monarca lanzó por los ojos dos haces de fuego tan rojos y tremendos, que D. Hipólito se puso á temblar como la hoja de un árbol.

—A vuestras órdenes, articuló lleno de confusión. Dad acá el papel. Y metió la pluma en el tintero para trazar su firma.

—¿Me creéis un chiquillo? vociferó el diablo. ¿Con qué queréis firmar? ¡Con tinta! Valiente cosa! ¿Cuántas veces habéis firmado con tinta, y habéis desconocido vuestro nombre y vuestra rúbrica? Conozco vuestras artimañas. Unas veces hacéis la letra de un modo, y otras de otro. Vuestra rúbrica cambia todos los días. Tenéis un despiante maravilloso para negar vuestra firma; no merecéis mi confianza.

—¿Pues qué queréis que haga?

—Quiero que firméis con la sangre de vuestras venas, conforme al uso antiguo. Aquí tenéis un punzón á propósito para sacárosla. Picaos el brazo izquierdo, que es del corazón, y recibid el rojo humor en este vaso de cristal.

—¡Herirme con mi propia mano! ¡No me siento capaz!

—Acabaráis por hacerme perder la paciencia, D. Hipólito. Escoged: ú os avenís á hacer lo que os exijo, y quedamos buenos amigos, y conserváis vuestras riquezas, ú os negáis á darme gusto, y entonces hago desaparecer en un momento á vuestros ojos, esos montones de oro, plata y efectos de comercio.

D. Hipólito sufrió un espasmo nervioso. De lívido que estaba, tornóse verde y azulado, y sin vacilar más, cogió el punzón de manos del diablo, levantóse la manga del saco y descubrió el brazo siniestro, verdadero brazo de momia, hueso cubierto con pergamino amarillo y surcado por venas descarnadas, que á pesar de pobres y anémicas, se levantaban sobre la flaca armazón, á manera de enredadas culebras. Escogió la más mísera para no herir una arteria, y cerrando los ojos para no ver lo que hacía, se pinchó con la punta acerada. Brotó la sangre en forma de hilo carmíneo, y describiendo una leve curva, fué á caer en el vaso que tenía apercebido el demonio. Recogido suficiente licor para el caso, posó el

terrible huésped la punta del índice sobre la herida, y cicatrizóla en el acto, cauterizándola.

—Así me gusta, dijo el diablo satisfecho. Ahora, firmad. Y alargó á D. Hipólito la pluma tinta en aquella sangre.

Empuñola el anciano con mano trémula, y á costa de indecible esfuerzo trazó en el papel su nombre, y luego la enredada rúbrica, semejaute á reja de cárcel, llena de líneas entrecruzadas y de rasgos enmarañados; rúbrica de hombre desconfiado, que teme las falsificaciones, y aspira á hacer laberintos de líneas que nadie pueda imitar.

Hecho esto, recogió el diablo el papel, examinole atentamente, y llevóle á la nariz aspirando con fuerza el olor de la sangre.

—Bien, dijo; ahora sí que tengo confianza. Me pertenecéis por completo, y no podéis escaparos ya de mi poder. Esta sangre vuestra, que sirve de sello á vuestra obligación, es la mejor prenda que hubierais pedido acordarme, porque clama contra vos. Por más que quisierais negar vuestro compromiso, no lo lograríais, porque aquí está parte de vos mismo, y los espíritus superiores conocen bien á los hombres y saben

distinguir sus esfluvios. Tomad mi mano; queda hecha nuestra perpetua alianza.

Al estrechar la mano de su interlocutor, sintió D. Hipólito que se le abrasaba la diestra, y la retiró con viveza.

—Es fuerza, dijo el diablo riendo, que os vayáis acostumbrando á la lumbre; tarde ó temprano tendrá que ser vuestro elemento, como el de la salamandra.

D. Hipólito no respondió; estaba agotado por la emoción.

—Me inspiráis compasión, pobre amigo, prosiguió el diablo; veo que la escena os ha debilitado las fuerzas. Debo daros una prueba de mi benevolencia. Sospecho que no podréis por vos mismo volver á la caja vuestro numerario y vuestros documentos. Sería largo y penoso. No os mováis, pues; todo se hará sin que os deis la menor pena.

Al decir esto, levantó el diablo la punta del índice, y volvieron las monedas por sí mismas á los saeos, tornaron á formarse los líos de billetes y los legajos de documentos, y fueron entrando automáticamente los talegos y los papeles en la caja, y acomodándose con orden riguroso, hasta quedar

en la misma disposición en que se hallaban al principiarse la escena.

—Ahora, cerrad la caja con vuestra llave misteriosa, murmuró el diablo con acento burlón; por mi parte he concluido. ¡Hasta la vista!

Fuese desvaneciendo poco á poco, en efecto, la figura del tremendo personaje; tornóse vaporosa y trasparente y se deshizo en el espacio, dejando en la retina de D. Hipólito, como última impresión, una risa en forma de media luna, unos dientes de blanca deslumbrante y unos ojos insolentes y burlones.

Quedó todo en silencio. La bujía derramaba roja claridad en la estancia, haciendo crecer y decrecer las sombras, con las oscilaciones de su llama. La caja permanecía abierta y el tesoro mirábase amontonado en su interior, como si no hubiese sido removido. Pasóse la diestra por la frente el anciano, y casi llegó á creer que había sido víctima de una horrible alucinación; pero al ver el vaso untado con su propia sangre, y la pluma roja con el humeante licor, comprendió que todo era verdad, y se sintió sobrecogido de espanto. Cerró la caja con

sumo trabajo, y arrastróse hacia la puerta, que no pudo abrir, porque carecía de fuerzas. No le cupo más recurso que gritar y golpear la madera con la enorme llave, hasta que acudió la servidumbre.

—Abridme, dijo. He sufrido un síncope. ¡Pronto, que me muero!

Cuando entraron los sirvientes en el despacho, le hallaron privado de conocimiento, y tendido en el suelo cuan largo era. Condujéronle en brazos á su aposento, metieronle en el lecho y llamaron al médico.

—Es la vejez que se lo lleva, dijo uno de los criados.

—Es la avaricia, repuso otro.

—Es una enfermedad cerebral, opinó un tercero. D. Hipólito está loco. ¿No le habéis oído hablar solo en su despacho durante varias horas? ¿No le habéis sentido ir y venir por la estancia con ligereza, siendo que apenas puede moverse? No cabe duda; el pobre señor ha perdido la chaveta.

## II.

No pudo resistir D. Hipólito el violento choque de la escena que acabamos de rela-